LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 17 DE ENERO DE 1887 — NUM. 264

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CABEZA DE ESTUDIO, dibujada por Pablo Thumann

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Desde Roma*, por don A. Fernández Merino. – *Historia de un hombre, contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González. – *Unidades de medida*, por don José Echegaray.

GRABADOS. – *Cabeza de estudio*, dibujo de Pablo Thumann. – *La pesca de las truchas en Suecia*, cuadro de J. Ekenas. – *La serenata*, cuadro de Francisco Masriera. – *Almée*, cuadro de N. Sichel. – *El despertar del león*, estudio de Pablo Meyerheim. – *Paisaje en Otoño*, cuadro de Juan Hermann.

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de P. Thumann

Es muy común en los artistas que se sienten con aliento para hacer verdaderos trabajos de estudio, escoger como tipo alguna cabeza que acuse facciones muy acentuadas ó que revele los estragos que, ya el trabajo, ya las pasiones, ya los vicios, causan en el semblante humano. Verdaderamente estos modelos se prestan para hacer obras de impresion que el inteligente aprecia del modo debido, como han podido apreciarlas nuestros favorecedores en las diversas obras de esta índole que hemos reproducido, debidas á clásicos maestros y á profesores de reconocido talento. Pablo Thumann, que es hoy por hoy uno de los primeros dibujantes del mundo, parece haber desdeñado, en el estudio que de él publicamos, lo que pudiera llamarse auxilio del artista que tales empresas acomete. Nada de fisonomía ruda, nada de pieles curtidas, nada de profundas arrugas, nada que no sea juventud, belleza, inocencia.

La empresa, en tal caso, aumenta en dificultades; los recursos con que se producen los grandes efectos pictóricos escasean al artista, éste no tiene más auxiliar que las simpatías inspiradas por la hermosura y el candor, cuando se posee el don de sentirlos y el talento de darles forma acabada. La obra de Thumann es tanto más difícil en cuanto más oculta las dificultades, y de ella podríamos decir que es el estudio de la belleza realzada por la inocencia.

El célebre Weber ha grabado esta cabeza con cariño de artista.

LA PESCA DE LAS TRUCHAS EN SUECIA, cuadro de J. Ekenas

Escena de costumbres con admirable sabor á verdad. Las figuras están dibujadas á conciencia y se mueven, digámoslo así, con una facilidad pasmosa. Por vulgar que sea la escena representada, nada es vulgar en su ejecución, antes bien acusa ésta el cariño con que el autor ha tratado el asunto, que por otra parte debe serle perfectamente conocido.

LA SERENATA, cuadro de Francisco Masriera

Nuestro distinguido paisano ha medido sus fuerzas en el terreno peligroso de lo ideal, y dicho sea en honor á la verdad y al arte, no tiene porqué arrepentirse de haber intentado este género. La serenata está bien concebida, y en su ejecución se ha impreso al asunto un marcado sabor poético, fuera del cual la alegoría no tiene razón alguna de ser.

El genio de la que pudiéramos llamar música nocturna cruza las tinieblas pulsando la lira, cuyas notas han de resonar en el corazón de la doncella á quien se dedica la serenata. El fondo del cuadro, apenas alumbrado por la luz pálida de algunas estrellas, da una idea bastante fiel del silencio de la noche, fuera del cual no cabrian los efectos musicales. La figura principal tiene condiciones realmente fantásticas: su expresión es la de un alma enamorada que confía á la lira que pulsa la interpretación de los sentimientos que la agitan, sentimientos de amor puro, ideal, que parecen contarse á los ángeles del cielo para que éstos se los trasmitan á los ángeles de la tierra.

Masriera ha vencido las dificultades de la alegoría, y por ello es digno de los más sinceros plácemes.

ALMÉE, cuadro de N. Sichel

El Oriente, sea en los tipos de sus pobladores, sea en sus paisajes á que el sol presta una luz en otras regiones desconocida, sea en sus costumbres que en vano la frecuencia de relaciones ha querido asimilar á las de otros pueblos tenidos con razón por mucho más cultos; ofrece singulares atractivos para el artista. No es, pues, de extrañar esa verdadera inundación de cuadros de asunto oriental, en los cuales unos pocos pintores han reproducido fielmente lo que han visto, al paso que otros han *ideado* lo que presumieron ver.

No es, ciertamente, Sichel de estos últimos: el pintor alemán ha visto, ha visto seguramente, la almée que le ha dado asunto para un cuadro. Quizás, nos permitiremos decir, la ha visto demasiado, pues en medio de grandes condiciones artísticas, la bella mujer del lienzo, bella de una belleza oriental, trasciende á modelo, conserva algo de la *postura*.

EL DESPERTAR DEL LEÓN, estudio de Pablo Meyerheim

Un estudio artístico supone siempre una grande observación del natural. Esta observación es tanto menos dificultosa en cuanto el modelo se presta con mayor resignación á los mil y un caprichos del artista, y aun más cuando ese modelo contribuye directamente por su parte á expresar lo que el pintor quiere, hasta penetrar aquél en el pensamiento de éste. He aquí la gran dificultad de encontrar buenos modelos, y aun más buenas *modelas*, desde el momento en que, suponiendo que existieran modernos Rubens, las princesas y las grandes damas han renunciado á un oficio que no favorecía ciertamente á su opinión.

Calcúlese ahora hasta qué punto han de aumentar aquellas dificultades cuando el modelo del estudio es un ser irracional, fiero, que en lugar de respetar las exigencias del artista, en fuerza de la admiración que le inspira, piensa para sus adentros con cuánta delicia se almorzaría á su constante observador. Pues estas dificultades no han impedido que Meyerheim haya estudiado á los leones, ni más ni menos que un pensionado en Roma estudia á un transteverino de alquiler á tanto por hora. Su *despertar del león* es una prueba evidente de lo que el ilustre pintor alemán se ha familiarizado con los terribles felinos.

PAISAJE EN OTOÑO, cuadro de Juan Hermann

Este cuadro tiene marcado sabor á melancolía: la naturaleza parece resentirse ya de la crisis que le producirá el invierno. Como el hombre á quien amaga una grave enfermedad que se viene preparando lentamente en su cuerpo, revela en el semblante la existencia del terrible germen; así la naturaleza demuestra cómo siente extinguirse su fuerza, y á su vez entristece porque está enferma también.

Este es el mayor mérito del paisaje de Hermann, porque, como hemos dicho varias veces, á la naturaleza no basta copiarla: la fotografía lo hace con rigurosa exactitud, y sin embargo, la fotografía no produce obras de arte. Un paisaje, por exactamente que imite á la naturaleza, no podrá contribuir á sostener ó acrecentar la reputación de un autor, sino en cuanto produzca, como ocurre en el de Hermann, una impresión que no ocasionarían por sí solos los diversos elementos que lo componen.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN EL CÍRCULO INTERNACIONAL

Existe en Roma un Círculo Internacional, que acredita al par que lo numeroso de la colonia artística extranjera, lo íntimo de las relaciones que median entre todos los cultivadores de las bellas artes que aquí viven. La nueva instalación de este círculo, que se inaugurará antes de pocos días, no deja nada que desear, honra á la Junta directiva y acredita una vez más la chispeante gracia de los artistas que han tomado parte en el decorado.

La nueva construcción de la vía Margutta les ha dejado un local cómodo, amplio y sumamente á propósito. En el piso superior, un gran salón para exposiciones con todas las comodidades que pueden apetecerse: luz cenital bastante extensa, luces de costados perfectamente dispuestas, gran elevación y sencillos adornos; á uno de los lados sala no pequeña, destinada á clase de acuarelas, siempre llena en las noches dedicadas á este género de trabajos; al otro un saloncito japonés, obra de dos artistas italianos, que parece hecha en el Celeste Imperio; más allá la Biblioteca, nutrida de las obras que no deben faltar en un círculo de este género; sala de billar y ancho pasillo que pone en comunicación todas las piezas mencionadas. En el piso bajo un restaurant bastante extenso, decorado como las antiguas cervecerías germánicas y salpicado de chispeantes inscripciones en todos los idiomas.

El extranjero que visite la Ciudad eterna, no podrá menos que convencerse de los estrechos lazos que unen á los inspirados por los mismos sentimientos, aunque sean varias y muy distintas las manifestaciones de los mismos. Ahora que desgraciadamente Europa toda se muestra muy alarmada por los insistentes rumores belicosos que circulan, el Círculo Internacional consuela: á su puerta parece quedan rencores y odios, y en aquellos salones, que tan aproximada idea dan de lo que según la Biblia fué la llanura en que la soberbia humana quiso alzar una torre que llegara al cielo, no se oye más que la discusión artística que jamás degenera en disputa y la franca conversación, que revela corazones abiertos á lo bueno y á lo grande; allí el fogoso francés departe con el flemático alemán; el exaltado italiano procura penetrar en las nebulosidades que le refiere el ruso, que las ve palpables en la columna de humo que surge de su pipa, y nuestros compatriotas queridos y respetados, ven allí un asilo en que hablar de la patria ausente, referirse su vida actual y hacer cálculos para el porvenir, amontonando esperanzas que con toda el alma deseamos lleguen á ser realidades.

Allí como en ninguna parte cuadra perfectamente una exposición que sea, al par que decoroso mercado, palestra en que sin reñir competencias se vean los progresos que se llevan á cabo, se marquen las tendencias nacionales é individuales y se aprecien los caracteres distintivos de las escuelas, que aquí corren tanto riesgo en presencia de los elementos comunes que pueden estudiarse, y como quiera que esto de las exposiciones, reconocidas utilísimas cuando están bien organizadas, es uno de los fines principales de aquel instituto, con una exposición se inaugurará, según hemos dicho, el nuevo local de que hablamos. El deseo de que oficialmente aquella puerta se abra primero para los reyes de esta nación, que tanto favorecen las artes, es causa de que aun no se halle franca para el público, pero nosotros la vimos ya perfectamente organizada y podemos hablar de las obras que han llevado á ella nuestros compatriotas y aun de algunas notables realizadas por artistas extranjeros, dignas todas de ser conocidas en el mundo entero.

Enumerándolas según acuden á nuestra mente, señalaremos primero las de Guinea, artista español más conocido en el extranjero que en la patria: hijo de las Provincias Vascongadas, lleva en su alma todo el fuego de los nacidos en el Mediodía, pero neutralizado por las condiciones que son propias á los naturales de las montañas en que ha nacido, estudia con fe y con constancia, que parece mayor cada vez, pudiendo manifestarse satisfecho, pues palmariamente revelan sus obras que el éxito corona sus laudables esfuerzos. Hasta ahora Guinea no ha revelado afición por acometer obras que puedan llamarse trascendentales juzgadas sólo por el asunto: viene limitándose al estudio de lo intrínsecamente necesario al pintor y sus cuadros revelan cuán acertado es el procedimiento que sigue. Se le ve progresar, y especialmente uno de los dos cuadros que tiene en la exposición de que hablamos, es prueba fehaciente de que su manera ha cambiado, de que va emancipándose de tradiciones y reminiscencias que pesaban sobre su pincel, limitándolo á una nota que no podía consolar del todo á los que sinceramente le apreciamos. El cuadro á que aludimos lo forman dos Chiocharas que avanzan cantando al son de la pandereta: desde luego lo que más llama la atención es la luz y el ambiente de que gozan. Claramente se ve que surcan la campiña romana en un día de primavera, cercano ya á los estivales calores; el tinte dorado de aquellos juveniles rostros, no quita en nada la expresión alegre, propia de una edad en que no hay cuidados; aquellas rosadas bocas se ve que emiten acentos tiernos en los que no va desleída pasión ninguna; el aire de aquellos cuerpos es perfectamente natural, resultan campesinas como deben ser, sin ribetes, ni artificios para producir efectos, fiado sólo en los que deben resultar al pintor que conoce los medios y sabe por dónde se llega al fin. Como ejecución no dejan nada que desear: su nota de color se hace simpática, no hay allí el trozo más cuidado: es un cuadro igual, sin pretensiones de ningun género, sin alardes de mancha, ni alguna cosa de las tan en moda ahora.

El mismo autor expone otro cuadro más complicado, pero no tan bueno. Representa una escena común en los tiempos de la decadencia romana: después de los placeres que aquellos estómagos regalados gustaban con los más complicados manjares, la oferta de la mujer en venta, presentada por quien comerciaba con lo más sagrado y santo. El fondo del cuadro está perfectamente estudiado y tal vez esto no sea su menor defecto: Guinea ha querido probar que estudió efectos naturales en la isla de Capri y lo ha conseguido, pero no vemos la espontaneidad que le es tan propia en otros asuntos. De los efectos de un sol filtrado por entre las hojas de la verde parra, se ha abusado mucho, y esto, que en suma dentro de un cuadro no puede pasar de ser detalle, por ningún concepto puede elevarse á asunto principal. De las figuras hay algunas perfectamente ejecutadas, la composición no presenta defecto que sea digno de censura, y sin embargo, aquel cuadro puede decirse es de la primera manera de Guinea: después ha hecho mucho más.

Silvio Fernández es otro compatriota nuestro de los que luchan y trabajan con fe para conseguir un puesto señalado al que se ve llegará seguramente. Sin pretensiones de ningún género, natural y sencillo, presta atención á lo que importa y desecha toda influencia que pueda tender á bastardear el verdadero arte que cultiva. El considerable trabajo que realiza pintando para la exposición que se ha de celebrar en Madrid el mes de abril próximo, le ha dejado tiempo para hacer dos cuadros, pues cuadro merece llamarse cada una de las dos figuras que presenta en el Círculo Internacional. Una de ellas, á nuestro modo de ver la de más mérito, es un *Augur*, al que sin duda sorprendió el artista cuando estaba solo; ya en la antigüedad se dijo que los augures entre sí se reían, y francamente había de qué: un pueblo que ve su porvenir en el movimiento de los intestinos de un animal cualquiera, en el vuelo de un pájaro, en el modo de comer de un pollo, es digno de la befa que hagan de él sus explotadores, entre los cuales los augures ocupaban el primer puesto. Gerome los pintó ya: en su cuadro, dos de aquellos incomparables adivinos ríen á mandíbula batiente de las fechorías que se cuentan, pero en el de Silvio que vemos solo, riendo con el alma, como vulgarmente se dice, hay mayor malicia, nos parece ver á cualquiera de aquellos que hablando por el conducto que comunicaba con la boca de cualquier dios, le hacían dar una respuesta que no decía nada en suma pareciendo decir mucho, que llenaba de temor y zozobra al demandante y haría desternillar de risa al que con tan poco trabajo ganaba influencia incalculable y caudales sin cuento. La figura hecha por este concienzudo artista revela un grande esmero y un sin igual conocimiento de la luz y del color: sobria de tonos, resulta perfectamente armónica, marcando absoluta relación entre lo representado y la manera de representarlo.

Su otro cuadro, tan cuidado como este, es sin embargo, de menos efecto. Representa una joven castellana de fines del siglo XV, una de esas figuras de estrecho jubón y mangas abullonadas de que se ha abusado mucho en cuadritos de género, interiores de tabernas puro *cinquecento*. Aquel rostro melancólico revela, con sin igual expresión, penas de amor que atormentan y en el fondo de sus tiernos ojos parece leerse una esperanza que consuela.

Prieto, que se revela artista siempre, ora pinte, ora declame; Prieto que es bueno siempre, como hombre, como amigo, como pintor, ha llevado también algunos cuadritos, estudios del natural, de verdes llanuras y procelosos mares, que acreditan no ha perdido su tiempo y sigue progresando en la medida que dejaba prever cuando se reveló en su primer cuadro. Es lástima que, por haber llegado tarde, la colocación de sus cuadros deje mucho que desear y que á la luz que se encuentran no puedan ser admirados como merecen.

Salinas el mayor, como decimos para distinguirlo de su joven hermano que tan grandes aptitudes revela para el arte en que ya hace tanto, presenta una marina de admirable efecto. Su primer término lo constituye una escarpada playa en que abundan esas horadadas rocas contra las que sin cesar baten todos los elementos. El agitado mar ha sido retratado, digámoslo así; las olas, amontonadas en la desigual superficie de las turbias aguas, vienen á romper furiosas formando cascadas de blanquísimas espumas, y en la expresión de este difícil efecto ha llegado el artista á una exactitud tan grande, que parece haber hecho del fondo de sus ojos cámaras fotográficas. Tiempo y tiempo debe haber pasado contemplando el rudo efecto del mugiente mar luchando contra las barreras á que lo sujeta poderosísima mano, pero ha conseguido cuanto podía apetecer y sinceramente le felicitamos por ello.

Benlliure (don José), complaciente con el distinguido artista señor Jacovaci que preside ahora el Círculo Internacional, ha llevado un cuadro no terminado; un *Jardín de Amor*, que es un verdadero amor todo él y del cual hará con el tiempo una preciada joya según tiene por costumbre.

Otro de nuestros compatriotas llegado recientemente, el señor Cañaveral, presenta un sencillo cuadrito en que prueba tener verdaderas condiciones de pintor, por lo que

toca á su ejecución. Representa una aldeana que en compañía de su asno se dirigen sin duda á un mercado: ambos personajes, y valga la frase, tienen expresión, sólo es lástima que el artista haya olvidado que, en un cuadro de esta naturaleza, el inseparable compañero del clásico Sancho debe tener menos importancia que su conductora, y en la obra del señor Cañaveral ocurre todo lo contrario, prueba suficiente (si no hubiera otras) de que el natural no ha sido bien estudiado y de que la memoria no ha sido fiel por completo.

Menos numeroso en escultura, tenemos en dicha sección obras de sólo dos compatriotas: Querol y Mariano Benlliure.

Querol, tan serio y adusto como el que más de los catalanes, revela su alma tierna, su corazón sencillo, sus verdaderas condiciones de artista, en cuantas obras acomete. Es uno de los hombres que más lucha debe sostener, uno de los artistas que con más inconvenientes tropiezan, y sin embargo, sigue adelante con valor, afrontándolo todo, seguro, aun en su modestia, de que ha de llegar un día en que se le haga justicia y en el que sus obras llegarán á ocupar el puesto que legítimamente merecen. De la vocación artística de muchos de los que emprenden la pintura ó la escultura, puede dudarse, pero la de Querol hay que afirmarla sobre todas las cosas: en su lugar muchos habrían renegado; él, por el contrario, confinado en las cuatro paredes de su estudio, vence inconveniente tras inconveniente, avanza sin cesar, deja ver un adelanto en cada obra que presenta y hace entrever esperanzas sin cuento, que se realizarán con certeza en día no lejano. Al Círculo Internacional ha llevado una cabeza de viejo, admirable de expresión y de ejecución, que nuestros lectores conocen por haber merecido que se publicara en este lugar; el retrato de un distinguido periodista italiano; el busto de uno de los hijos de Serra y la estatua del niño de un conocido nuestro.

Como individuo que recibe pensión del Estado, Querol no puede emprender ningún trabajo que le produzca utilidad material: la nación cree que con la miseria que le da de pensión tiene de sobra, cuando para modelos no alcanza, y he aquí por qué el distinguido artista catalán ve un motivo de estudio en cuantas obras artísticas puede realizar. El busto del director del *Fanfulla della Domenica*, es un perfecto retrato, interesante aun para los que no lo conozcan, pues como obra de arte reune condiciones que nadie puede dejar de ver. Además de la espontaneidad de ejecución, que es naturalísima condición de Querol, se ve allí un modelado perfecto, una expresión estudiada y un movimiento general, que parece se le ve latir.

Con el niño de Sérra ha hecho una joya artística en la escultura: es un retrato que hace pensar en el cielo, y con el otro niño que, recostado en mullido cojín, se entretiene con un juguete, no podemos decir sino que vive y alienta; se ve el natural, ha sorprendido los raros movimientos de un modelo tan difícil, y aquella tierna edad, encanto de sus padres, alegría de su familia, ha sabido realizarla de modo que se perpetúe y se perpetuará, porque junto con las infantiles gracias retratadas, pasará la obra de arte que tanto vale y tanto merece.

Mariano Benlliure ha querido complacer y sólo por esto ha llevado una reproducción de su célebre Monaguillo, que al sentirse los dedos abrasados con el incensario, lo arroja lejos de sí con un gesto tan natural, que es el principal mérito de una obra á la que no falta ninguno.

En la ocasión presente no podemos menos que felicitarnos del señalado puesto que ocupan nuestros compatriotas en la exposición que está para abrirse. Trabajen con las levantadas miras que deben ser objetivo de los verdaderos artistas y siempre conseguirán resultados de que todos podamos quedar orgullosos.

A. FERNÁNDEZ MERINO

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– ¿Y qué quieres? hace muy poco tiempo que sé que es mi hija, y no he podido tomarla cariño; además que yo he vivido para mí solo.

– ¡Pues por eso te has condenado! ¡Por eso Dios ha permitido que te encuentres en ese excepcionalísimo estado, teniendo tu infierno en tí mismo! – le dije con una precipitación agresiva, porque empezaba á hacérseme odioso aquel malvado espectro.

– ¡Ah! con que me he condenado! – exclamó el esqueleto.

Y me pareció ver dos puntos de fuego en lo profundo de las cuencas de sus ojos; dos chispas que relampaguearon un momento y se apagaron, y parecióme oir dentro de aquel cráneo un ruido sordo, poderoso, semejante á un rugido; y luego, sin intervalo, otro ruido semejante á una larga y burlona carcajada.

Yo empezaba á ponerme malo.

– Tú tienes fiebre, Eugenio, – dijo de improviso el esqueleto incorporándose hacia mí y asiéndome una muñeca; – ya lo decía yo: un calenturón feroz; soy de opinión de que te acuestes, hijo.

– ¿Es decir, que nos despedimos? Gracias: buenas noches, – contesté desasiéndome de él, levantándome y corriendo á la alcoba cuya puerta cerré por dentro.

Pero en aquel punto oí otra vez aquella carcajada interna, sorda, larga, insolente, sarcástica.

Me volví y ví al esqueleto que arreglaba cuidadosamente la cubierta de la cama.

Había entrado el maldito antes que yo.

– ¿Con que es preciso que te sufra? – exclamé enseñándole los puños.

– Te he prometido contarte mi historia, y soy hombre de palabra. Con que acuéstate, Eugenio, arrópate y escucha.

Y tomó un sillón y se sentó junto al ángulo inferior izquierdo de la cama, dando frente á su cabecera.

Yo me acosté, me rebujé, me tapé la cabeza, invoqué á Dios, y me puse á rezar.

VI

Pero á pesar de mi recurso á Dios, y de mi rezo, la voz del condenado espectro se dejaba oir de mí, siempre fría y sarcástica, como si pronunciase sus palabras en mi oído.

– Hace un año, – dijo el maldito, reposada y tranquilamente, y como burlándose de mi repugnancia á escucharle; – hace un año estaba yo sentado á los pies del lecho de un hombre que moría, y que, como tú, por no verme, se tapaba la cabeza: hace un mes, el que estaba en un lecho muriendo, ó mejor dicho, cambiando de manera de ser, teniendo enfrente sentada á los pies de la cama una mujer, y tapándose la cabeza para no verla, y viéndola, sin embargo, como tú me ves á mí, era yo.

El espectro tenía razón; yo le veía al través de mis párpados cerrados, al través de los cobertores con que me había envuelto la cabeza: el espectro seguía fumando, cómodamente arrellanado en el sillón, extendidas las canillas y superpuesta la una á la otra: yo comprendí que no tenía más remedio que escucharle y que había sesión para rato: á lo menos hasta el primer canto matinal del gallo... ¡y eran cuando más las doce y media! es decir, que me quedaban cinco horas por lo menos de sufrimiento.

Procuré resignarme.

– Haces bien, – me dijo el esqueleto, – porque aun cuando tu herida es leve, tienes fiebre, y una irritación inútil podría serte funesta.

Y como yo no le contestase, continuó:

– Me alegro de que no me interrumpas, porque contando con el tiempo que me robarían tus interrupciones del escaso de que puedo disponer, me extenderé un poco más en los detalles de mi narración: no me gustan las historias nerviosas en que todo se precipita, en que ninguna consecuencia se deduce, en que, en fin, no se filosofa ni se comentariza. Bueno es que un drama tenga interés, pero no ha de ser todo suceso y diálogo. Yo tengo mis ideas acerca de la novela moderna, y con arreglo á ellas voy á contarte mi historia. En esto hay una poca de vanidad por mi parte. He sido siempre indolente, y aunque muchas veces he empezado á escribir mis memorias, nunca he pasado, cuando más, de la tercera cuartilla. Y como estoy seguro de que tú conservarás en la memoria, palabra por palabra, lo que yo te refiera, he aquí que escribo al fin mis memorias, sirviéndome de tí como de un escribiente; después de que las hayas escrito, estoy seguro de que las publicarás, porque tú también tienes vanidad, y una vanidad muy semejante á la de tantos y tantos como escriben lo que otros han escrito antes que ellos. En buen hora: te cedo mis memorias; pero no las alteres ni cambies los nombres de los personajes. Después de esta advertencia, empiezo.

– Si al cabo este maldito me contase algo que me entretuviese, ó que por lo menos me hiciese dormir, – dije para mí.

– He aquí que me he engañado y me interrumpes, – dijo el esqueleto, – pero, ¿qué he de hacerle? me conformo con el escribiente que me ha proporcionado la casualidad.

– ¿Y por qué, – dije descubriéndome la cabeza y mirando con cólera al esqueleto, – no te has valido de otro? ¿Qué necesidad tenía yo del malísimo rato que me estás dando?

– ¿Y de quién me había de valer? Desde que cambié de existencia he estado constantemente solo desde mucho tiempo antes de las doce de la noche, hasta mucho tiempo después de amanecer; y no solamente solo, sino sufriendo... ¡válgame Dios, y de qué modo! fíjate que apenas me quedé inmóvil como un cadáver, apenas creyeron que había muerto, se le figuró al médico, por ciertas señales que quedaban en mi fisonomía de difunto, que había muerto envenenado.

– ¡Envenenado! – exclamé.

– Sí por cierto, envenenado por mi esposa, que era toda lágrimas y desesperación y retorcimiento de brazos y mesaduras de cabellos. A consecuencia de la opinión, no ya del médico que me había asistido, sino de una junta médica, se me trasladó á una sala de disección, y allí se me lavó con agua caliente y jabón por medio de un estropajo; después se me afeitó por un bárbaro con una navaja mellada, se me extendió desnudo en una mesa de piedra, y luego un asesino, un antropófago, acompañado de otros dos caníbales, uno de los cuales era tu amigo Juan, me metió por el vientre un bisturí, me rasgó, me abrió, me hizo pedazos las entrañas, y todo esto sin que yo pudiese gritar, ni moverme, ni dar la más leve seña de que sentía aquel horrible tratamiento, aquella autopsia, hecha lentamente, según arte, con placer, á vueltas de preciosas observaciones y de deliciosos comentarios, acompañados de mordeduras de pinzas: ¡cuando te digo que la Inquisición se quedó en mantillas! ¡Fué mucho, mucho aquello! ¡Los huesos se me hielan cuando me acuerdo! ¡infames!

– Eres apasionado é injusto, – dije, – ellos no podían suponer que un cadáver sintiese: operaban sobre tí como sobre una materia inerte: en una palabra, cumplían con su deber.

– ¡Con su deber! ¡y salvaron á la envenenadora!

– ¿La salvaron?

– Como que era hermosa, joven, rica, y se dejaron fascinar por ella: ya lo creo; ¿qué les importaba á ellos que hubiese un cadáver más? Se decidieron por la viva, y dejaron á Dios la venganza del muerto.

– Calumnia: eres malo, – respondí, – Juan es incapaz...

– ¡Incapaz el miserable! ¡Incapaz, y no contento con haberme hecho cómplice de un crimen dejándole envuelto en su misterio, se propuso apoderarse de mi esqueleto porque le parecí bien formado, y se atrevió á...

– Te ha hecho un favor: estás limpio y mondo, y tienes una vivienda de lujo.

– Pero demasiado estrecha.

– Peor hubiera sido un nicho ó una sepultura.

– Tienes razón, no había pensado en ello: si me hubiesen encerrado en un nicho... ¡horror...! ¡no quiero pensarlo! hubiera estado en él sepultado vivo, sabe Dios cuánto tiempo; no hubiera podido decir á un hombre, como te lo diré á tí cuando te haya acabado de contar mi historia, ¡mátame! Tienes razón: Juan me ha hecho un favor, y por él le perdono su laxitud de conciencia y el haberse enamorado de mi mujer. Pero, – continuó, – después de que los médicos se pusieron de acuerdo para declarar que yo había muerto de una irritación gástrica (y en esto tenían razón), Juan, tu amigo, dijo á los satélites secundarios: – Quiero su esqueleto. – Muy bien. – Cueste lo que cueste.

– Muy bien, don Juan. – Y lo más pronto posible. – Descuide usted. – Juan descuidaría sin duda; pero yo me puse en un terrible cuidado. No sabía lo que iban á hacer conmigo: ¡caribes! me desarticularon, me despojaron, arrojaron los despojos en una espuerta, y luego echaron mis miembros en una inmensa y negra marmita de hierro, y me cocieron como á un cangrejo. Cuando estuve cocido, me arrancaron la carne, y luego me sujetaron á tratamientos penosísimos para blanquearme. Después me articularon, á falta de los ligamentos naturales, con alambres; y por último, oí contar pieza á pieza el precio infame de mi horrible martirio. Por último, me ví encerrado, atornillado en ese armario, traspasado de frío. ¡Infame! ¡tres veces infame Juan!

– ¿Y sabes, – añadió después de una pausa el espectro, – con quién tenía una cita esta noche en el teatro Real, tu amigo? ¡Con mi viuda! ¡con la única mujer que he amado, á quien amo todavía, por la que siento unos celos desesperados! Ella me vengará de Juan, estoy seguro, seguríssimo.

– ¡Con tu viuda! pero eso es imposible. Por infame que sea esa mujer, no puede atreverse á faltar de tal modo á las convenciones sociales. ¿Qué mujer que se aprecie en algo va á un baile al mes de la muerte de su marido?

– ¿Te olvidas de que es un baile de máscaras? Cuando has ido á uno de esos bailes, ¿no has pensado nunca lo que puede ocultarse bajo un capuchón y una careta?

– ¡Ah!

– Eres un pobre diablo, un chiquillo. No has visto el mundo sino al través del falso prisma del sentimiento poético. Pero el mundo te enseñará, hijo, y ya verás, ya verás como dentro de algún tiempo no te espanta el que una mujer vaya á las máscaras caliente aún el cadáver de su padre, de su hermano ó de su marido.

– ¡O de su hijo...! – repliqué con indignación.

– No, porque la mujer se ama á sí misma amando á su hijo. Los hijos son los que vengan á la sociedad del egoísmo de sus madres.

– ¡Qué horrible escepticismo! ¡qué maldad la tuya!

– Por qué no dices: ¡qué horrible es la verdad!

– Pero todas las mujeres no son malas.

– Casi todas. Y la que no es verdugo es mártir.

– Hablas como un condenado.

– Y tú como un simple.

– Yo tengo corazón.

– Tú tienes egoísmo.

– Yo soy bueno.

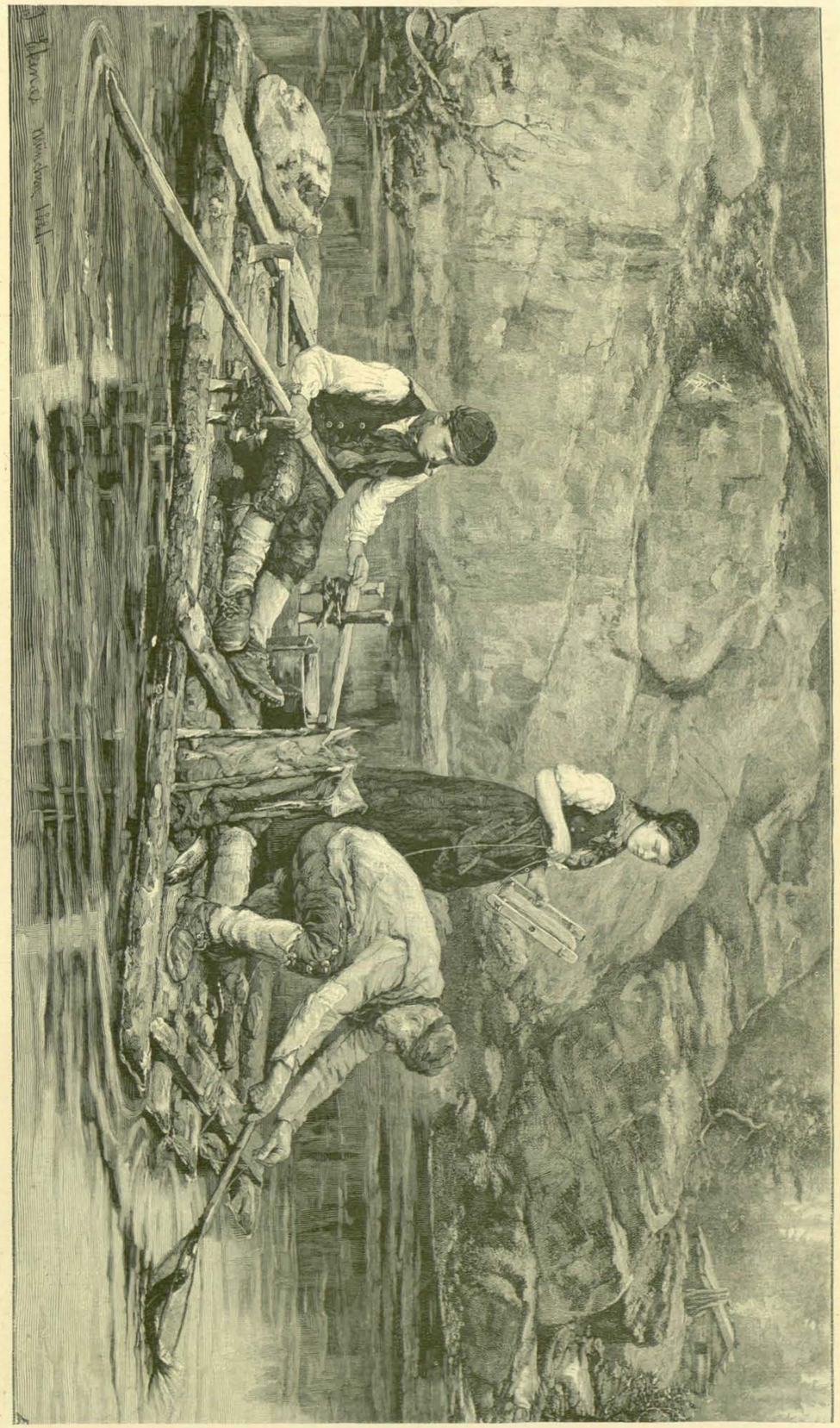
– Por casualidad.

– ¡Ah! ¡maldito!

– No riñamos: déjame continuar. ¿Sabes por qué yo no he tenido ocasión de hablar con nadie, desde que estoy encerrado en ese armario? pues ha sido porque tu amigo Juan ha pasado constantemente las noches, desde ocho días después de mi muerte, al lado de mi mujer, á quien por razón de mi muerte había conocido.

– ¡Pero tu mujer es una Mesalina!

– Es peor. Mesalina á nadie hacía daño más que á sí misma, y mi mujer se lo hace á todo el mundo; es decir, á todo el mundo que se pone en contacto con ella: me envenenó por casarse con un hombre que es más rico que yo lo era, y con quien se casará pasado el luto: pero como el futuro es viejo, y si satisface su vanidad dándola medios con su riqueza, no satisface su deseo, ha escogido en secreto á tu amigo, que es bello y joven, para amante, engañándole, por supuesto, obligándole á que la vea con un profundo misterio en razón, dice, de lo que extrañarían las gentes que le visitase un joven, estando tan reciente mi muerte. – Ella y Juan están ahora mismo en un palco del teatro Real, mientras el viejo futuro, don Justo,



LA PESCA DE LAS TRUCHAS EN SUECIA, cuadro de J. Ekenas

LA SERENATA, cuadro de Francisco Masriera

está tranquilamente en su casa, creyendo como un artículo de fe, que su prometida esposa no se ha movido de la suya.

—Me cuesta trabajo creer que Juan pueda amar á una envenenadora.

—Se conoce que no conoces á mi mujer.

– Por hermosa que sea...

– No es eso. Juan la ha creído un ángel, como yo la creí un ángel, como lo creerás tú cuando la conozcas. Ella ha sabido mostrarse inocente, enteramente inculpable de mi muerte. Ha fascinado á los médicos, los ha comprado, primero con su magia y después con su oro.

– Singular mujer.

—Singularísima.

– Me vas poniendo en curiosidad de conocer los detalles de tu historia.

– Ya conocerías algunos si con tus réplicas no me hubieras obligado á hacer del epílogo de mi historia su prólogo.

– Pues empieza.

– Empiezo.

VII

Prescindo de mi nacimiento, de mi juventud, de mis aventuras durante la mayor parte de mi vida.

Y no soy viejo: todavía no he cumplido los cuarenta y dos años.

Mi profesión ha sido la de propietario.

Mi nombre don Gabriel Zea.

Mi única pasión ha sido la mujer.

Una mujer hermosa, joven, pura, impresionada por el primer sueño de amor, confiada por la inexperiencia, poética por sus ilusiones, riente por su feliz ignorancia, flor purpúrea, que abre su cáliz estremecida al primer beso del sol del amor: ese ha sido para mí el primer género amable, el *bocatto di cardinale*, mi supremo sueño.

– ¡Maldito! ¡maldito! – exclamé.

– Si volvemos á las réplicas no acabaremos nunca.

– Sigue.

– Sigo. La mujer ya formada para el amor; la mujer de combate, por decirlo así; la que ya sabe fingir y engañar; la flor lozana, fuerte, vigorosa, encendida; la que mira en el hombre una víctima; la que aun no se ha casado y necesita casarse, hacer reparar á uno la falta de otro... ¡ah! ¡mujer divina! he luchado con muchas de éstas, y las he vencido, las he hecho más fuertes dándoles un segundo desengaño: las he puesto en la situación de invencibles. En una palabra, he recorrido la escala del amor buscando siempre en la mujer al ángel, desde la adolescente á la mujer formada, desde la mujer formada á la mujer consumada, y sólo me he detenido ante la mujer vieja; no he podido encontrar al ángel, pero he adquirido una dolorosa experiencia; he visto cómo se casan las mujeres, cómo aman á su marido vivo, y cómo le lloran muerto: he visto de qué manera una mujer y otra, y ciento, pueden dividir su corazón, su vanidad, su cálculo, entre diez amantes, cada uno de los cuales se ha creído el único. Y en medio de estas mujeres degradadas, como perlas entre cieno, he encontrado algunas virtudes... y estas rarísimas mujeres, estas joyas, me han hecho ansiar la virtud en la mujer, y buscarla sediento, enamorado de ella, loco, soñando con un cielo.

– ¡Tú! – le dije escandalizado de aquella nueva faz que me presentaba el espectro.

– ¡Sí! ¡yo!

– ¡Tú! ¡egoísta! ¡escéptico!

– En primer lugar, la virtud de la mujer es la felicidad del hombre: en segundo, yo no he sido escéptico mientras he sido hombre, no: sólo soy escéptico desde que, dilatado mi espíritu por no sé qué misterio, he visto mi historia por dentro y por fuera, por todas sus fases, por todas sus profundidades: cuando he visto que he sido ciego, que he buscado y no he sabido encontrar, ó no he tenido la fortuna de apoderarme de nada bueno, en ese largo y fatigoso juego de la *gallina ciega*, que se llama vida, he despertado.

¿Qué culpa tenía yo si no encontraba en la mujer el ángel que había soñado?

Y soñar con ángeles en la tierra, es la señal del egoísmo más refinado que conozco. Es pedir á la humanidad un sacrificio continuo hecho en vuestro favor: es querer la perfección en los demás, y no saber sacrificar un tanto de vuestro sueño, á fin de poneros á nivel de los otros.

Es ser malvado.

– ¡Tú te burlas! ¡tú no crees lo que dices!

– Esto consiste en que para no escandalizarte voy á contarte mi historia como si aun fuese hombre, sólo que te la contaré por dentro y por fuera.

– ¡Dichosa historia!

– Voy á suponerme un nombre, ya que te he dicho el mío, y á contarte mi historia como te la contaría uno de esos novelistas que se arrogan la facultad de ver y saber todo lo que concierne á sus personajes, inclusos sus pensamientos. Empiezo al fin.

VIII

Era la noche de un tercer día de carnaval. ¡El carnaval! ¡continuación cobarde, imitación pálida de las antiguas saturnales! Era un tercer día de carnaval, y Madrid estaba dominado por una fiebre de locura.

No se veían por todas partes más que máscaras.

No había teatro ni local á propósito por sus dimensiones en que no hubiese baile público.

Y en muchas casas los había privados.

Delante de una casa, en una de las calles más concurridas y céntricas de Madrid, una multitud de carruajes de lujo, y no pocos de alquiler, daban claro indicio de que en aquella casa se daba uno de estos bailes.

Hacía luna, había nevado en abundancia, y la noche tenía esa claridad especial y fría de la luz de la luna reflejando en la nieve.

Acababa de dar la una en el reloj del Buen Suceso, y ya hacía tiempo que por la alfombrada y resplandeciente escalera de la casa donde se daba el baile, no había subido máscara alguna.

Oíase en la habitación principal la armonía de una numerosa orquesta, el ruido acompasado producido por los que bailaban, y la extraña, múltiple y chillona jerigonza, que es la voz absurda de un baile de máscaras.

A veces se mezclaba á este ruido la algazara de algunas máscaras que pasaban por la calle ensuciando la nieve, que seguían y se perdían á lo lejos, apagándose en el silencio general, hundiéndose en él como en un océano de paz y de silencio, el ruido de sus voces.

De improviso, un carruaje de alquiler apareció en el fondo de la calle, adelantó con cuanta rapidez podía esperarse de sus dos caballos arenques, y se detuvo delante de la puerta de la casa donde se daba el baile.

Un lacayo, con carrik de color indefinible, y sombrero de forma inapreciable, bajó de la zaga, abrió la portezuela, y del interior del carruaje, – era una berlina amarilla con muelles de C., – saltó una mujer envuelta en un abrigo, pero á pesar de su envoltura admirablemente esbelta, quitóse el capuchón ó capa de merino que la cubría, le arrojó dentro de la berlina, y dijo al lacayo:

– Esperen ustedes aquí.

– Muy bien, señora.

– ¡Ah! ¡qué mujer! – exclamó un máscara masculino que á pie acababa de llegar á la puerta de la casa, á tiempo que la máscara hembra había atravesado el portal y llegado al primer tramo de las escaleras.

La exclamación del máscara-hombre, estaba justificada por el aspecto, por la gallardía, por un no sé qué magnífico, inexplicable que emanaba de la máscara-mujer, de la máscara de color de rosa.

Porque – lo mismo da describirla en el portal que en el salón; – aquella máscara llevaba un traje á la veneciana, de raso color de rosa, guarnecido de riquísimos encajes negros: los adornos de su peinado eran de azabache; sus pendientes, su collar y sus pulseras, de perlas negras que se destacaban sobre un cuello y sobre unos brazos de una blancura nítida y de una suavidad de tez que se tocaba, se apreciaba con la vista. Era alta, esbelta, pero ancha de hombros y de caderas, delicadamente grave, hechiceramente majestuosa á su andar, su ancha falda crujía acompasada, y la huella de sus pies era pesada y breve á un tiempo, uno de esos ruidos que os enamoran, porque son el claro indicio de encantos ocultos, de un lujo embriagador de hermosura en las formas.

Emanaba un perfume ardiente de voluptuosidad de aquella mujer.

El máscara que la había sorprendido al bajar del carruaje, se había quedado inmóvil, contemplándola en el dintel de la puerta, mientras ella mostraba á un obeso y colosal portero, vestido con una enorme levita negra y una descomunal corbata blanca, y plantado como una estatua en el primer descanso de la escalera, el billete de convite que la daba derecho á entrar.

La máscara de color de rosa pasó, y muy pronto se perdió el ruido incitante de su traje y de sus pisadas á lo largo de las escaleras.

El máscara que se había detenido en la puerta, cuando hubo desaparecido la máscara de color de rosa, se volvió al carruaje de alquiler de que había salido, y le examinó con atención: echó adelante, subió lentamente las escaleras, mostró su billete al portero, y pasó.

Aquel hombre, que por su aspecto parecía una persona distinguida, iba sencillamente disfrazado con un dominó de raso negro, bajo el cual se veían un pantalón perfectamente confeccionado, y dos pies pequeños, calzados por botas de charol, que parecían no haber pisado la nieve.

Parecía extraño á primera vista que aquel hombre no hubiera venido en carruaje.

Subió las escaleras, siempre en paso lento, atravesó una gran puerta, un recibimiento donde había algunos lacayos, una antesala amueblada con arreglo á las exigencias del lujo y de la moda, y por último, entró en un salón, bastante para estrado de una casa principal, pero insuficiente para contener á la multitud ruidosa que en él se comprimía.

Porque en Madrid á cualquier sala se la llama salón.

Se abren los gabinetes, los pasillos, las alcobas que se habilitan, desterrando las camas al comedor, y cada cual se coloca donde puede, y llega hasta donde llega, y baila en dos palmos de terreno, y suda por todos sus poros, y respira una temperatura de horno.

Sin embargo, al día siguiente, los periodistas que han sido convidados para que dén fe, embuten cada cual en su respectivo diario, con pocas variaciones, lo siguiente:

«Anoche tuvimos el placer de asistir al baile de máscaras que, por despedida del carnaval, ha dado, en sus espaciosos y magníficos salones, la bella duquesa de tal (importa poco que la duquesa tenga sesenta años): era aquello, todo aquello, encantador, y una muestra más del buen gusto, de la esplendidez, etc., etc., de la encantadora dueña de aquella casa, que, en noches como la pasada, inolvidable para nosotros *e ttuti quanti*, se convierte en un verdadero edén; la concurrencia fué de lo más (aquí unos cuantos adjetivos *ad hoc* en que el periodista luce la brillantez de su estilo); el ambigú... (se repite el adjetivado); incalculable el número de hermosas damas: allí vimos á la señorita de... y á la señora de... y á la viuda de... (cada nombre con una sarta de calificativos hiperbólicos á la turca); vimos además al ministro tal, al general cual, al banquero H., al diplomático R., á etc., etc... y si algún amargor hemos encontrado en tan deliciosa fiesta, ha sido la triste expectativa de un año mortal, hasta que vuelva á repetirse.»

Cuando el gacetillero ha llenado con su descripción fabulosa una columna, lo que no es mucho tratándose de un asunto tan importante y de tan general interés, corta el vuelo de su elucubración y pone por bajo su firma seudónima, como por ejemplo: EL BARÓN DE BOBALICHES.

Pero á nadie se le ocurre decir, estampar, en las columnas de un periódico:

«Estamos sufriendo las consecuencias de un catarro pulmonal, pescado á la salida del baile á que nos invitó en mal hora la duquesa de... y al que asistimos cediendo á una mala tentación; ya sabíamos que el local de que esta señora dispone, no es á propósito para este género de reuniones; pero no creíamos que la duquesa hubiese abusado de la buena fe de sus conocidos convidando á tantos; aquello era una especie de hormiguero, una colmena, un barril de arenques: no se podía dar un paso; abundaban, porque abundan en todas partes, las mujeres feas y descaradas; la duquesa parecía un loro con su traje de terciopelo verde esmeralda y su toquilla encarnada: había muchos ricos collares sobre muy pobres cuellos, y muchas flores contrahechas: para sufrir la temperatura y el olor de la mezcla de mil perfumes fuertes, era necesaria una cabeza organizada á propósito, y un alma de estuco para adivinar con paciencia las intrigas repugnantes que se cruzaban por todas partes: vimos allí mujeres sin marido, maridos sin mujer, hijas sin madre, madres sin hijas, solteras casadas, y viudas sultanes. Vimos caretas que eran semblantes, y semblantes que eran caretas, y á todo el mundo sin disfraz, disfrazado. Vimos desorden y pobreza en el buffet (ambigú le llamaban entonces) recogidos para él los manimientos de las fondas, y por champagne, vino blanco de Yepes gaseado. Huímos, y al huir sofocados, aturdidos, trabamos relaciones que durarán algunos días, con un regalo del aliento de Guadarrama. Si fuera posible, el gobierno, por moralidad y por caridad, debía intimar á la duquesa de... que no atentase á la vida, ó cuando menos, al estómago de sus conocidos, invitándolos á asistir á sus bailes.»

Algunos no podrían hacer insertar un suelto como el precedente sino remitiéndole desde la eternidad.

La *Pulmonía*, esa terrible dama, adora los bailes de salón, y asiste á ellos vestida de máscara, en compañía de la vanidad, de la soberbia y de la envidia.

El baile y los salones de la señora doña Clara Alvarado de Lemus, viuda de un rico comerciante mejicano, eran poco más ó menos una especie de prensa ó baño de vapor, como mejor queramos: sin embargo, concedida la falta de espacio había algo de magnificente, algo de embriagador en aquel hervidero de seres humanos.

Como eran las primeras horas del baile, todos conservaban las caretas; pero, sin embargo, abundaban las mujeres hermosas, salvo la cara que no se les veía, y chispeaban ojos misteriosos y sonreían bocas adorables, y se balanceaban en el baile talles de primer orden, y deslumbraban ricas joyas: por último, doña Clara Alvarado de Lemus, si no era joven, no era vieja, si no era un ángel, era todavía notablemente hermosa.

Esta mujer, que contaría á lo más treinta y cinco años, era morena dorada, pero con un tono límpido y trasparente; su tez, aunque no mostraba el brillo de la primera juventud, era tersa, delicada, sin una arruga: sus cabellos negros y brillantes aún, mostraban alguna cana dejada como de intento, y que abonaba de una manera adorable por la lisura y la falta de pretensiones de aquella mujer: en cambio sus ojos negros, brillantes, lucientes, velados á medias por unas pestañas espesas y largas, tenían en su foco un fuego concentrado, un volcán de pasión, pero dulce, sentido, tranquilo: no sonreía con demasiada frecuencia, á pesar de que su dentadura conservaba la pureza y la frescura de su esmalte; sus formas eran turgentes, no con la compacta turgencia de las jóvenes, sino con la lánguida inflexión de las formas de las matronas: su talle no era reducido, pero sí esbelto, y llevaba además con suma gracia un prendido de brillantes y un traje descotado de moaré azul de cielo con tornasol de plata, guarnecido de riquísimos encajes blancos.

Hay mujeres que han nacido para dejarse ver de noche, para dejarse admirar de noche, para ser adoradas de noche, rodeadas del indefinible encanto de la luz profusa de los salones, que presta á cierta clase de mujeres una magia, un poder de fascinación incomprensibles: los brillantes destellan resplandores más dulces que los que les arranca la luz del sol, y menos apagados que los que lanzan de vez en cuando entre el polvo de un paseo á la fría luz de la tarde; las ropas parecen más ligeras, más vaporosas, y sobre todo, la incomparable tez de esas mujeres... y es que la luz artificial protege el fraude del cosmético y de las drogas con que se componen y se restauran los quebrantos de una piel empalidecida por el insomnio, por la envidia, por cien pequeñas miserias, por mil satánicas pasiones mujeriles.

Pero la hermosa viuda, Clara, no necesitaba de los auxilios del perfumista: era una mujer adorable por su hermosura, que aun combatía en las primeras filas, ayudada por su talento y por sus inmensas riquezas.

Orgullosa por instinto y por costumbre, había desdeñado las relaciones de la aristocracia de la sangre, y aceptado de la manera más natural las de la aristocracia de la banca; esa aristocracia berroqueña dorada por el tanto por ciento, que compra cuadros porque son objeto de lujo; para la que se construyen esos bronces fundidos que constituyen el arte de pacotilla, y á los cuales los arquitectos, cuando piensan construir un palacio, les hacen una casa muy grande, recargada de escayola, y pintorreada, y dorada y barnizada en el interior como un país de abanico.

Y á más de estas gentes, infladas como calamares rellenos, constituían la sociedad de Clara los aristócratas del talento, á saber: los sabios, los literatos, los novelistas, los dramáticos, los poetas de la escuela romántica – entonces en gran boga – los artistas (no hablamos de los sastres), los periodistas (excluímos las tijeras), los empleados de cierto rango, los hombres del foro, ennoblecidos por la administración de la justicia, y los militares, aristocracia ambidextra que tanto se roza con los hombres de los pergaminos como con los de las letras de cambio.

La sociedad cuotidiana de Clara, á la que recibía en un bello gabinete al lado de la chimenea, tenía un decidido carácter masculino. Clara era una mujer que de todo sabía algo, que tenía la preciosa cualidad de hablar y de callar á tiempo, que era tolerante, indulgente, que carecía de todo punto de pretensiones, que no imponía su lujo, que no coqueteaba, que se mostraba ajena de una manera decidida á los galanteos por delicados que fuesen, y que sabía hacer desistir de sus pretensiones con la más encantadora lisura á los que, arrastrados por las mil bellas cualidades que en ella sobresalían, la invitaban á que abriese al amor un corazón todavía joven, á que concediese al amor unos encantos todavía adorables.

Y llegó el caso de que siendo público y notorio que Clara era una hermosura retirada á la que nadie podía, en vista de uno y otro desengaño, hacer volver al servicio activo, la tratasen los hombres buena, lisa y llanamente, contentándose con su amistad, sin que á nadie se le ocurriese acometer la empresa de despertar ó de resucitar aquella alma dormida ó muerta para el amor.

Así que, generales, ministros, banqueros, literatos, artistas y alguna que otra mujer seria y alguno que otro joven grave, eran los únicos que asistían á la sociedad diaria de Clara, donde se hablaba de política, de ciencias, de literatura, de artes, y nunca se murmuraba ni se galanteaba; donde se jugaba al tresillo y al ecarté, y donde resonaban las toses crónicas más respetables y se extendían las piernas más noblemente favorecidas por la gota.

ALMÉE, cuadro de N. Sichel

Clara era banquera; es decir, tenía en actividad sus inmensos capitales, bajo la firma de un antiguo cajero y socio de su marido, llamado don Severo López, hombre de mirada profunda, de pocas palabras, y á quien nadie veía como no fuera los días de despacho al pie de la caja.

Por lo demás, el orden de la casa era inflexible: cada hora tenía su objeto. Se vivía con comodidad, con molicie, con lujo: se tenía cuanto se pueda tener en Madrid: una casa bella y elegante, exenta de vecinos, y cuyo ornato y mueblaje se renovaban todos los años; un tren completo de carruajes, una docena de troncos, una servidumbre numerosa, una mesa excelente, abono en todos los teatros y palco en los toros.

Y todo sin excentricidad, de la manera más natural del mundo, porque todo esto debe tenerlo el que es rico.

(Continuará)

UNIDADES DE MEDIDA

Existe una diferencia, el parecer sin importancia, y en el fondo esencialísima, entre las ciencias exactas por una parte, y por otra todas aquellas ciencias que se llaman morales y políticas, en que están comprendidas las históricas, y cuyas aplicaciones son del orden sociológico, si se nos permite acudir á esta denominación, poco artística en verdad, pero grandemente expresiva.

Y consiste la diferencia á que nos referimos, en esto no más: que en las primeras hay *unidades de medida* para todos los fenómenos ó hechos que comprenden, al paso que en las segundas los hechos y los fenómenos se determinan por apreciaciones individuales, á veces caprichosas, no pocas de todo punto erróneas, y siempre vagas é indefinidas.

¿Hay que comparar *dos líneas?* pues el metro, ó el kilómetro, ó el milímetro resuelven el problema; y no hay discusión posible, una vez *medidas*, sobre cuál es la mayor, al menos en la inmensa mayoría de los casos. Toda la elocuencia del orador más elocuente, todas las argucias del más sutil abogado, el irritado interés de la más poderosa colectividad, no podrían engendrar la duda, cuando se supiese que *una de las líneas* vale 20 metros y que sólo mide 2 metros de longitud la segunda. *Dos* y *veinte* son dos números inquebrantables: *veinte* es mayor que *dos:* y la relación de ambos es *diez:* y su diferencia *diez y ocho:* y nadie puede negar estas verdades, y el que fuere osado á negarlas demostraría aptitudes especialísimas para ocupar plaza muy distinguida en el más próximo manicomio.

Pero trátase de inquirir: ¿cuál es mejor y más valedero entre dos derechos sociales; si esta ó aquella producción artística cumple mejor con las leyes de la estética; quién, de dos pueblos alcanzó mayor grado de prosperidad; ó qué gobierno entre varios cumplió más á conciencia sus deberes?

Pues las opiniones brotan en confusión, y la polémica se enardece, y á veces el juicio definitivo queda en suspenso siglos y siglos.

¡Ah! si para todas estas cuestiones hubiese un buen metro ó por lo menos una buena vara severamente aplicada sobre las cosas y las personas, y qué pronto terminarían los debates y quedaría grabada la verdad en unos cuantos números, para satisfacción de unos, castigo de otros y enseñanza de todos!

Tan evidente es la ventaja de este sistema, que todas las ciencias y todas las artes pugnan por alcanzar el grado de exactitud de aquellas privilegiadas y singularísimas que han conseguido un *etalon* fijo é incorruptible; aspirando de este modo, las que van rezagadas, á la perfección suprema, que en la vida mundana es permitido lograr, y poniendo término á luchas estériles de opiniones tanto más osadas y vocingleras, cuanto menos firmes y demostrables son. Así vemos en Economía política, los esfuerzos de Dupuit, Cournot, Walras y algún otro escritor inglés, para fundar la ciencia económica en el método matemático y en la teoría de las funciones analíticas; así vemos en la moderna psico-física medir las sensaciones, buscar para todas ellas unidades comunes de medida y aplicar el metro, el gramo y el segundo á los fenómenos de la conciencia y de la voluntad; así en aquellos problemas de la Estética que se relacionan directamente con los sentidos, la Geometría y la Dinámica avanzan hasta las fronteras del arte, y la armonía de los colores y de los sonidos se reducen á compatibilidad de vibraciones del éter, del aire ó de los cuerpos elásticos que las ondas lumínicas ó sonoras atraviesan en su maravillosa propagación; así por último la Estadística trabaja por reducir á tablas y á números toda la Sociología, desde la producción de la riqueza hasta la criminalidad ó el azar. Esfuerzos todos naturales y fecundos que van echando los cimientos de las ciencias positivas para lo porvenir.

Pero no es esto solo: el sistema de *unidades de medida* tiene sobre las ventajas señaladas, que si en general son importantísimas, pueden en ciertos casos ser mínimas, otras ventajas y otras excelencias de orden más elevado.

Al fin y al cabo toda ciencia no es un montón más ó menos abultado de *hechos*, por reales y positivos que sean. La ciencia es un organismo y su esencia es la *ley;* y mientras los hechos no se coordinen en series análogas, y no se determinen sus relaciones permanentes, y no se sujeten á un código y se descubran sus leyes, la ciencia no existirá; será el caos, de donde podrá brotar la luz, pero caos seguirá siendo hasta tanto que el *fiat* del genio no descubra la *unidad* constante en la *variedad* móvil.

Las *leyes* científicas que no se reduzcan á fórmula matemática y que no puedan calcularse numéricamente, por importantes que sean, serán deficientes é incompletas: serán leyes de *desigualdad*, expresarán lo que es *mayor* ó lo que es *menor*, lo que vale *menos* ó lo que vale *más*, pero nunca llegarán al grado supremo, que es el de la *igualdad*, ó la *constancia*, á través de la variedad; es decir, que nunca alcanzarán la verdadera *unidad científica*.

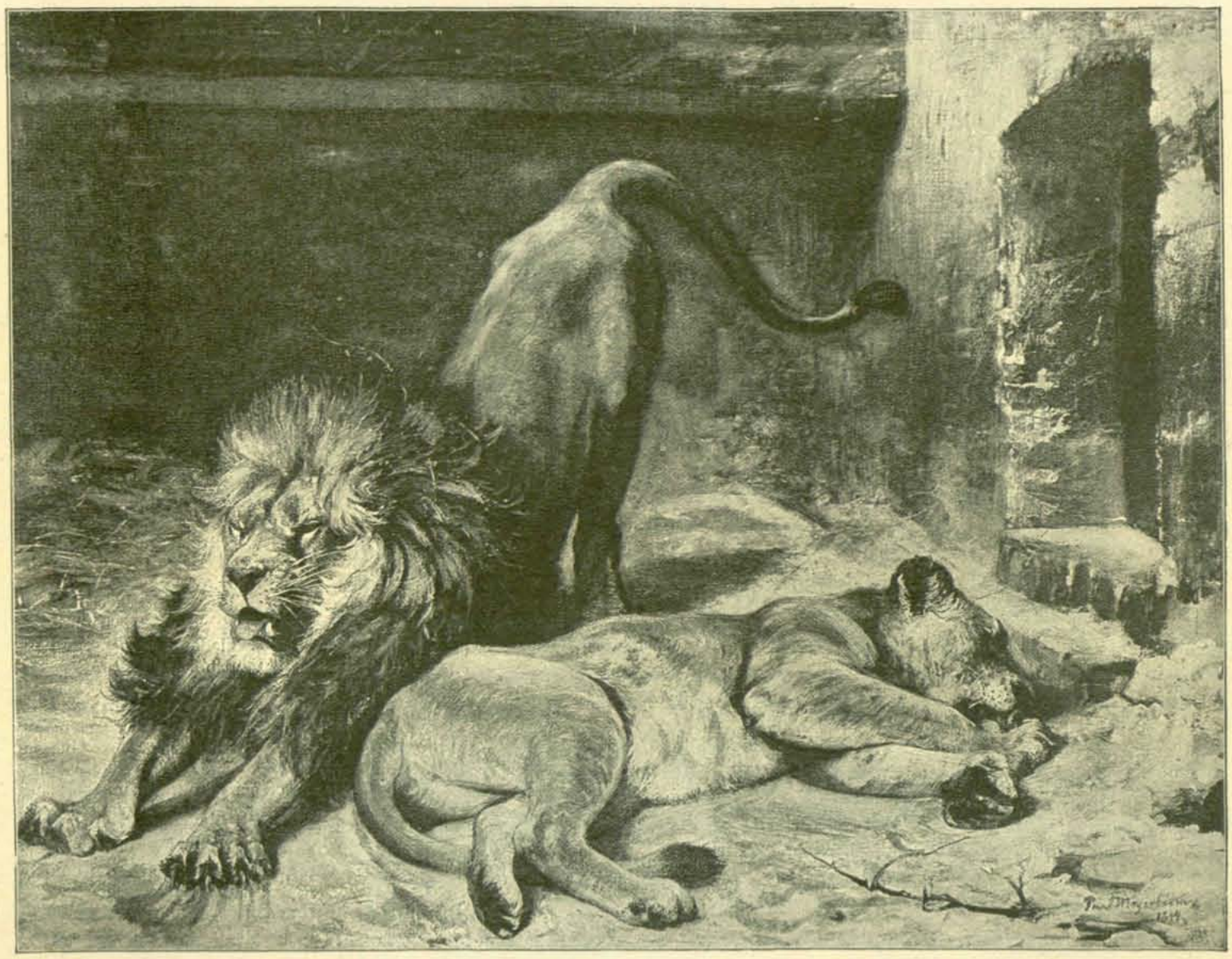
Así, por ejemplo (para dar forma concreta á estas ideas que han de parecer quizá un tanto abstractas, cuando no fantásticas), la Estética moderna puede en muchos casos determinar las relaciones de *desigualdad* entre dos producciones artísticas: y no es difícil decidir, y es casi evidente, que tal cuadro de Rafael es superior á la creación mediana de un pintor vulgar: representad por A el mérito intrínseco del primero, por B el del segundo, y la ciencia y aun el instinto de cualquier aficionado establecerán sin vacilación que A es *mayor* que B, ó en escritura matemática A > B.

Pero pedid á esa ciencia ó al mas insigne crítico, que os determine la relación de ambas magnitudes; que os diga con cierta aproximación que A vale *mil veces*, *cien mil veces*, *un millón de veces* B; que os escriba con mano segura A = 1.000.000 B y le pedireis un verdadero imposible. Pero un imposible relativo: una imposibilidad que depende del atraso de la Estética, de la impotencia humana, no de que sea absurda en sí la cuestión propuesta. Para un ser superior, el metro, y el gramo, y el segundo que sirvan para medir cuadros de Rafael ó de Murillo y cuadros vulgares de los que confecciona un modesto pintor, existirá sin duda alguna, aunque hoy para nosotros el *etalon* artístico, como el etalon *económico*, ó el *político*, sean unidades entre imaginarias y fantásticas.

Toda ley científica y perfecta supone una ó varias *unidades* de *medida*, una *ecuación* y una *resolución numérica;* que al fin y al cabo la hipótesis pitagórica era un concepto admirable que *la ciencia moderna* ha venido á restablecer en todo lo que vale, con sus prodigiosas creaciones.

Y para destruir toda objeción, basta con que recordemos esta verdad, que no hay filósofo ni metafísico que pueda poner en duda: el concepto de *cantidad es universal;* pues de la comparación entre las cantidades resultan la *unidad*, el *número*, la fórmula matemática y su aplicación numérica.

Sólo que en el estado actual, para unos fenómenos existen *unidades de medida;* para otros fenómenos no existen, es decir, no son conocidos; y esta es la única diferencia práctica entre las ciencias exactas y las que no han llegado á serlo.



EL DESPERTAR DEL LEÓN, estudio de Pablo Meyerheim

El procedimiento *de medida* tiene aún sobre todas las ventajas señaladas otra fundamental.

No sólo convierte en *verdad indiscutible* la mera *opinión* ó la *apreciación* instintiva; no sólo establece la relación exacta, la ley matemática, la fórmula general, la *ecuación* en suma, símbolo admirable de la unidad y de la permanencia que se sobreponen á la variedad; no sólo, en fin, da base firmísima á las aplicaciones prácticas convirtiendo la fórmula algebraica en fórmula numérica, sino que *elude*, ya que no resuelva, los más difíciles problemas metafísicos, todo ese conjunto de cuestiones trascendentales que en el pórtico de la ciencia esperan al sabio cerrándole el paso como otras tantas esfinges.

Si no penetráramos en la geometría de Euclides hasta no depurar y comprender metafísicamente lo que son la *línea*, la *superficie* y el *espacio;* si no estudiásemos la Estática y la Dinámica hasta que nuestra razón se posesionase plenamente de la esencia íntima de las *fuerzas* ó de las antinomias que brotan del *movimiento;* si en vez de aplicar la *medida directa* y el cálculo matemático á los fenómenos de la Luz ó de la Electricidad, nos propusiéramos buscar el substratum del éter ó del fenómeno eléctrico; ni la Geometría, ni la Mecánica, ni la Optica, ni las maravillas del electromagnetismo existirían hoy.

Afortunadamente la ciencia positiva sin negar ni tener en poco los estudios filosóficos, pero abandonándolos á filósofos y metafísicos, ha seguido sus métodos propios y ha buscado terreno más firme en que afianzar sus cimientos.

Acaso no sabe el geómetra lo que es la *línea*, pero tiene medios para saber cuándo dos líneas son iguales y concibe idealmente su igualdad absoluta por la superposición ideal.

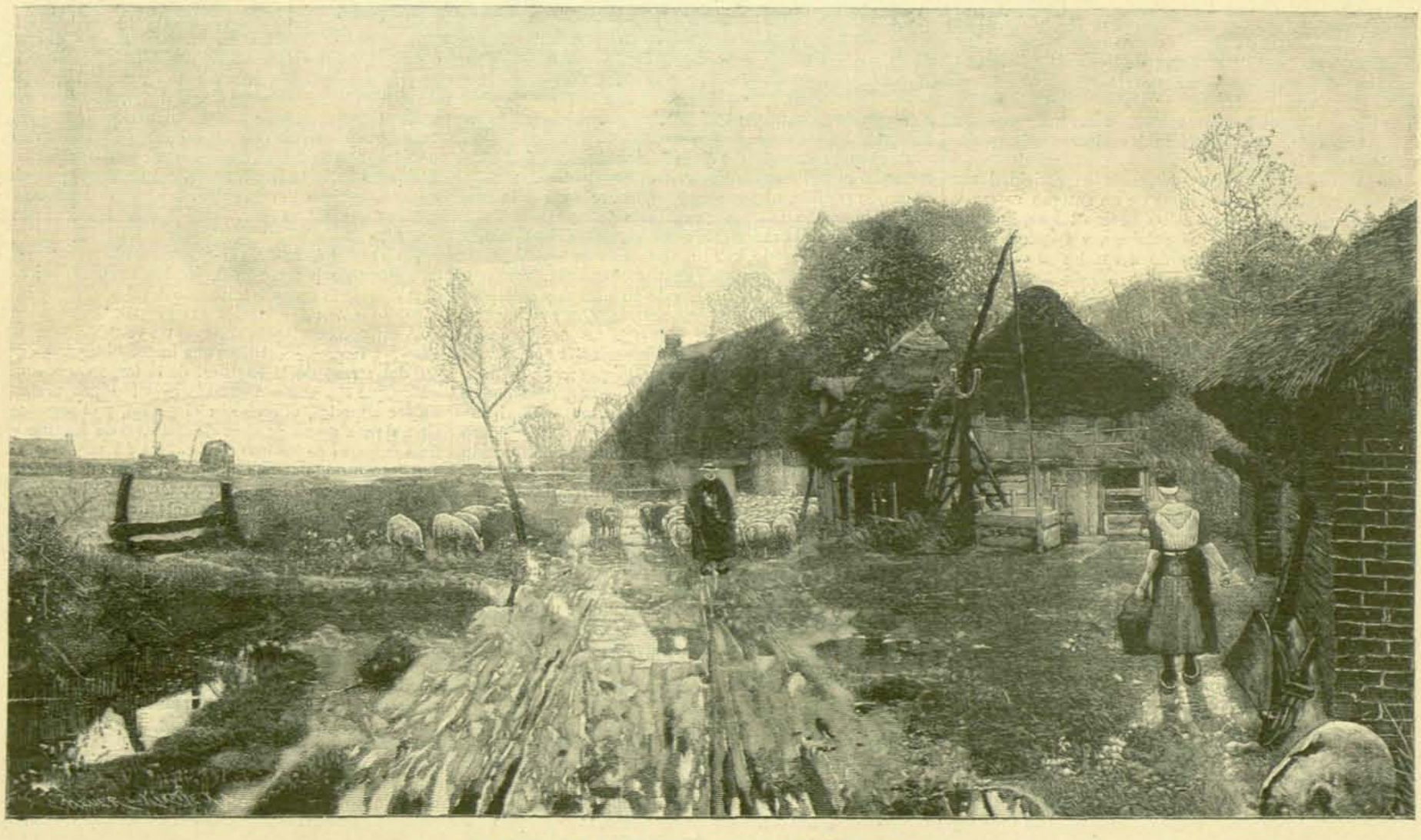
Ignora el mecánico lo que la fuerza sea, pero la mide por el peso y la balanza, y comprende en la región pura la igualdad de dos fuerzas.

Ni el físico podrá decirnos con certeza qué misterios se ocultan en el fluido eléctrico, pero tiene medios para conocer cuándo dos cantidades de electricidad son iguales, pudiendo pasar de la igualdad á la multiplicidad numérica perfectamente definida.

Y de este modo *mide* lo desconocido por lo desconocido, el misterio por el misterio mismo; la línea por la línea, la electricidad por la electricidad, la fuerza por la fuerza, *un algo*, sea lo que fuere, por *otro algo* de la misma especie; y la medida le da el número, la fórmula matemática y la ley de *las relaciones*.

Lo cual no impide que por este camino al parecer extraviado vaya penetrando, aunque sea muy poco á poco, en la esencia de las cosas: astucia de sabios: estrategia contra lo incognoscible: movimiento envolvente de la ciencia al rededor de los misterios.

JOSÉ ECHEGARAY



PAISAJE EN OTOÑO, cuadro de Juan Hermann

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN